

CALDERON

Y

SU SIGLO,

POR

D. AUGUSTO LLACAYO,

SUBINSPECTOR MÉDICO DE PRIMERA CLASE, INVÁLIDO,
CONDECORADO
CON LA CRUZ LAUREADA DE SAN FERNANDO Y CON LA DE LA LEGION
DE HONOR DE FRANCIA.

MADRID.

IMPRESA DE ALEJANDRO GÓMEZ FUENTENEBO,
Bordadores, 10.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Expedicion de Cochinchina.....	20 rs.
La revolucion de las ideas en España.....	6 »
Napoleon III.....	3 »
Material de Sanidad militar.....	8 »
Medicina operatoria y cirugía conservadora de los campos de batalla en las ambulancias y en los hospitales.....	24 »
Antiguos manuscritos de Ciencia, Historia y Arte militar, existentes en la biblioteca del Escorial..	16 »
Calderon y su Siglo.....	

Agotado

4300 pies

A-Caj 1117

2
8312

A mi querido amigo Pinar
en testimonio de cordial afecto

Augusto Lacayo

CALDERON Y SU SIGLO.

CALDERON

Y

SU SIGLO,

POR

D. AUGUSTO LLACAYO,

SUBINSPECTOR MÉDICO DE PRIMERA CLASE, INVÁLIDO,
CONDECORADO

CON LA CRUZ LAUREADA DE SAN FERNANDO Y CON LA DE LA LEGION
DE HONOR DE FRANCIA.



MADRID,

IMPRENTA DE ALEJANDRO GÓMEZ FUENTENEbro,

Bordadores, 10.

1881.



AL MÁS ELOCUENTE DE LOS ORADORES,
A D. EMILIO CASTELAR,

GLORIA LITERARIA DEL SIGLO XIX

Y HONRA DE ESPAÑA,

dedica este modestísimo trabajo, en testimonio
de admiración y como pobre homenaje de respeto,

Augusto Llacayo.

EL MINISTERIO DE LOS NEGOCIOS

A D. EMILIO CASTELLAR

ALBARRAN (HERNANDEZ DEL SOTO) 212



Y HONRABLE

He leído este modestísimo trabajo en testimonio
de admiración y como parte homenaje de respeto

Antonio López

CALDERON Y SU SIGLO.

I.

En todas las épocas de nuestra historia ha tenido el Ejército español digna y justificada representación en todos los ramos del saber humano, y en las diferentes manifestaciones de la inteligencia, demostrando con sus obras científicas y literarias, que no sólo no han sido antagonistas en España las letras y las armas, sino que han vivido siempre unidas en fraternal consorcio. Por eso al glorificar hoy á CALDERON, enalteciendo su memoria, recordamos con orgullo que el Príncipe de la escena castellana, el genio más eminente de nuestra poesía dramática, vistió también el uniforme militar; y el Ejército se complace en inscribir en las brillantes páginas de su historia como escritores célebres y esforzados soldados de la patria, los inmortales nombres de CALDERON, Lope de Vega, Jorge Manrique, Lopez de Ayala, Diaz del Castillo, Hurtado de Mendoza, el Duque de Rivas, Espronceda, García Gutierrez y Breton. El famoso cronista Pérez de Guzman, el gran lírico Garcilaso, que muere al asaltar una plaza, el sublime Ercilla que encuentra la inspiración de sus poemas épicos en el fragor de los combates, son glorias militares y literarias de España, y la más respetable de todas, que ya la fama ha esculpido en todos los idiomas, la del ilustre cautivo de Argel y manco de Lepanto, Miguel de Cervántes Saavedra, que al inmortalizar su nombre, honró á España con la obra más castiza, más original, más perfecta y filosófica del ingenio humano.

Cervántes ha coronado el remate de todas nuestras glorias literarias con el Quijote, y Calderon, émulo de Esquilo y de Shakespeare, retratando en sus obras el carácter nacional, es la legítima representación de nuestro teatro clásico.

CALDERON es el príncipe de nuestra escena, y Cervántes el genio más eminente de las letras españolas; uno y otro personifican todas nuestras glorias literarias, y son los dos nombres de españoles, cuya celebridad ha sido universal.

mente reconocida y admirada hasta el extremo de conocerse sus obras en el extranjero como en nuestro país, debiendo consignar, para honra de Alemania, que las obras de CALDERON se dieron á conocer allí áun ántes que en España.

Ya que hoy inauguramos una nueva era de justificaciones y reivindicacion de legítimas glorias con la apoteósis de CALDERON, enalteciendo así España la memoria de los grandes hombres y de sus preclaros hijos, unamos nuestra humilde voz al patriótico deseo del ilustrado escritor D. Luis Vidart, para que pronto se tribute y rinda á Miguel de Cervántes Saavedra el entusiasta homenaje de nuestra admiracion y gratitud.

Al recordar ahora el Ejército, con fundado orgullo, que CALDERON sirvió en sus filas, es necesario que demos también, que tiene por sus obras dramáticas una legítima y genuina representación moral en la milicia, por el espíritu de caballeridad, que inculcó al Ejército, despertando las pasiones más nobles, y llevando al ánimo del soldado las sagradas ideas del honor y del deber.

Al honor y al deber rindió CALDERON ferviente culto en sus obras; el honor y el deber es el emblema que ha de ostentar siempre el Ejército español en sus banderas.

Mantuvo CALDERON vivo y apasionado el sentimiento de la sociedad de su época al deber, á la belleza y á la galantería, idealizó el amor y nos dejó escrita en sus comedias la más exacta pintura del cuadro de costumbres de su siglo.

El elemento social del siglo XVII lo constituían el amor y la galantería, y ese era el sentimiento predominante en el corazón y en la vida de nuestros soldados, si bien en las campañas y en los pueblos ocupados como tierra conquistada, solían imponerse á tan buenas cualidades los instintos y pasiones de la soldadesca desenfrenada y el predominio absorbente é imperativo de la clase militar sobre el elemento civil; y como CALDERON fué capitán, y vivió en el Ejército, pudo conocerle mejor que nadie, y así escribió *El Alcalde de Zalamea*, y por eso también retrataba con tanta fidelidad en sus comedias el tipo del cumplido caballero, valiente hasta la temeridad, apasionado con todo el amor del alma, propicio siempre á defender no sólo á la mujer amada, sino á cuantos demandasen su auxilio, acudiendo al socorro de los débiles y al amparo de la razón y el derecho sin vacilaciones y sin miedo de perder la vida, porque nada importa la existencia, y nada vale la sangre derramada cuando se sacrifican en aras del deber y de la honra.

Y téngase presente que los galanes de CALDERON no son los trovadores de la Edad Media, ni los caballeros andantes tan gráficamente descritos en D. Quijote, y (aún primero que Cervántes publicase su famosa obra) por el insigne médico de Ciudad-Real Juan Sanchez Valdes de la Plata en el libro que publicó en 1598, criticando la propension y tendencias de engolfarse en la pernicioso lectura de los libros de caballería y en los romances de su época. Las aventuras de CALDERON, sus amores y sus duelos no son las aventuras del caballero andante que corre por el mundo en busca de ellas proclamándose desfacedor de agravios para defender lo mismo su derecho que la falta de razón, lo justo é injusto, á cuchilladas; CALDERON defiende la virtud y la inocencia, castiga al culpable, y anatematiza el vicio.

Como el culto exagerado del honor debe ser la bandera del Ejército, por eso es CALDERON el poeta del soldado, y nos enseña en sus obras *que no existe en la tierra poder alguno que haga sacrificar la honra*.

Fué CALDERON rígido, como el soldado debe serlo cuando se trata de la conciencia y del deber, y por eso convirtió el honor en nacionalidad.

En su teatro nos ofrece sólo admirables ejemplos de honor y de galantería, y son sus creaciones epopeyas del amor. Únicamente toman parte en sus comedias los más nobles sentimientos, y no se ven en ellas los repugnantes cuadros de nuestros vicios, ni las grotescas figuras cómicas que hemos copiado luégo de los tipos y modelos con que la literatura francesa nos brindaba, apartándonos cada vez más de nuestro teatro clásico para buscar en un realismo exagerado, en licenciosas caricaturas ó en extravagantes payasadas de mal gusto, escenas de efecto, y ridículos personajes que sostengan el interés de la obra y fijen la atención del público con la excitacion de las pasiones ó el aguijón de la risa.

En las comedias de CALDERON hay dignidad en la mujer, amor y galantería en los hombres, belleza en las ideas, profundidad en los pensamientos y hasta una marcada tendencia filosófica y social en algunas de sus obras, como se demuestra en sus dos mejores producciones *La Vida es sueño* y *El Alcalde de Zalamea*.

¡Qué admirables creaciones las de su genio, y sobre todo qué sorprendente arte dramático el de sus obras! CALDERON dió vida y forma á las comedias de capa y espada, á esas comedias en que no se sabe qué admirar más, si la galanura del lenguaje, la belleza de los pensamientos, ó la lucha de las pasiones y la elevacion de los caracteres, inspirados en el idealismo del amor y de la honra. ¡Qué citas en el silencio de la noche, cuán dulces y tiernos coloquios al pié del balcon y junto á la misteriosa celosía del entreabierto postigo de una reja, en la cual, oculta entre las sombras, se esconde una mujer! Y los rayos de luz de su mirada rompen las tinieblas, y el enamorado galan, como los ángeles buscan en el cielo la aureola de luz y de inefable dicha que circunda á Dios, se abisma extasiado en la contemplacion de sus hermosos y rasgados ojos, negros como sus cabellos, y más negros aún que el manto en que se envuelve recatándose del frio de la noche y del calor del alma.

¡Dias felices en que se cree que es la vida un eterno poema de amor; un idilio de sentimiento! Pero tambien en esas tranquilas horas de idealismo y de sueños hay un despertar y una triste realidad; y como en las tranquilas aguas de los lagos se alzan tempestades, y se trueca el azul del cielo en nubes de tormenta, y de ella surge el rayo, así sobrevienen huracanes y tormentas en el corazon del hombre, y se desencadenan las pasiones, y hay duelos y estocadas en las estrechas callejuelas, y se escucha el ruido seco que produce un cuerpo al caer sobre las losas de la calle, y se oye un ¡ay! desgarrador en una reja: grito de un corazon más herido aún que el del galan que muere; y acuden las rondas, siempre tarde, y se abren los balcones, y se iluminan las casas con las luces de la curiosidad, y las viejas cuchichean y murmuran, y la gente se santigua é inventa lo que ignora, y exagera lo que pasa y olvida lo que

ocurre. Pero despues de esas borrascas vuelve la calma, como en el cielo y en las aguas ; vuelven las apacibles y serenas noches de luna, las auras perfumadas, más que por el aroma de las flores , por el aliento de la mujer querida , y tornan otra vez el rondar de los galanes , y las serenatas de los que piden amores y demandan besos en premios de cantares ; y es cosa de ver entónces el dormir de los rodrigones , la vigilancia de las dueñas , la inquietud de los maridos , la confianza ó las sospechas de los hermanos y los padres.

II.

Las obras de CALDERON, el relato de los hechos heroicos , y la narracion de todo aquello que nos conmueve y eleva el espíritu , haciéndonos huir del grosero materialismo que se va apoderando de la sociedad actual , infiltrándose en el alma , lo consideramos útil, no sólo para nuestro pueblo, sino tambien para el Ejército. De ese modo se cree , se ama , se siente y se espera, miéntas que las doctrinas materialistas engendran la desesperacion y la duda , el hastío y el deseo.

El corazon humano simpatiza con todo lo sublime , y se apasiona de lo bello; por eso la representacion de los caracteres nobles y elevados, la lectura de los poemas épicos y de las poesias líricas impregnadas de dulzura y sentimiento, pueden todavía despertar el entusiasmo de las acciones heroicas, y la conciencia de la dignidad. Estos propósitos, esas tendencias tan útiles para el Ejército, son las que se descubren en las obras de CALDERON ; y si de un modo inmediato no surtieron sus efectos , porque la época de Carlos II en España esterilizó toda idea provechosa (segun tendrémos ocasion de verlo), es bien seguro que las ideas de CALDERON germinarian dando sus frutos , en el valor personal del soldado, en el heroismo de nuestras tropas y en los hechos de los aventureros que con la punta de su espada han señalado el nombre de España en todos los países y en las más remotas playas.

Si el Ejército tiene conciencia de su propia dignidad, cesarán para siempre las sublevaciones militares, que además de relajar su disciplina , le enervan, destruyen su fuerza moral y desmoralizan el país.

En la comedia de CALDERON, *A secreto agravio, secreta venganza*, demuestra que el sentimiento del honor supera á todo , con estas bellisimas frases , que no debiera nunca olvidar el soldado en defensa de la patria :

Ya no quiero que el amor ,
Sino el valor me aconseje.
Servid hoy á Sebastian ,
Cuya vida el cielo aumente ;
Que es la sangre de los nobles

Patrimonio de los reyes ,
 Que no quiero que se diga
 Que las cobardes mujeres
 Quitan el valor á un hombre ,
 Cuando es razon que le aumenten.

Anatematiza CALDERON los vicios en su comedia *El Agua mansa* , y combate la mogigatocracia y la supersticion en la *Dama duende* ; en *El Galan fantasma* castiga la infidelidad conyugal , y no contemporiza jamás con el adulterio.

Sirvió CALDERON en el ejército en Milan, pero con poca fortuna (si recordamos los versos de Gaspar Agustin de Lara) : estuvo en Cataluña con el Duque de Olivares hasta que se ajustó la paz , y el Rey le concedió treinta escudos de sueldo al mes , protegiéndole luégo en su carrera sacerdotal ; y esta es la ocasion de consignar para honra de nuestro Ejército , que un capitan general, el virey de Valencia, Duque de Veraguas, fué quien con más empeño trabajó para obtener todas las obras completas de CALDERON, escribiéndole con este motivo y honrándose con su amistad ; así demostró que los hombres de armas cuando son ilustrados amparan á los de letras, como el virey de Nápoles, Duque de Osuna, protegió á Quevedo.

Hemos indicado que conocía CALDERON mejor que nadie las consecuencias de las tropelias militares, y por eso en el *Alcalde de Zalamea* proclama el respeto á la ley, castiga los desafueros, anatematiza el militarismo intransigente y arbitrario , y adelantándose á las ideas de este siglo con los bellisimos pensamientos y magistrales escenas que en su comedia nos ofrece, defiende enérgicamente la autoridad del poder civil representado por un humilde labrador de Zalamea, á quien un capitan de ejército roba su hija, y se niega luégo á tomarla por esposa.

Nada más digno ni más en carácter que la escena en que el labrador ofendido en la honra de su hija , y despues de haber ordenado la prision del capitan, sostiene este admirable diálogo con el general D. Lope de Figueroa, que le increpa por prender á un militar.

D. Lope. ¿ Sabeis ¡ vive Dios ! que es
 Capitan ?

Crespo. Sí, ¡ vive Dios !
 Y aunque fuera el general,
 En tocando á mi opinion ,
 Le matara.

D. Lope. A quien tocara
 Ni áun al soldado menor
 Solo un pelo de la ropa,
 ¡ Viven los cielos ! que yo
 Le ahorcara .

Crespo. A quien se atreviera
 A un átomo de mi honor ,

¡Viven los cielos tambien !
Que tambien le ahorcara yo.

D. Lope. ¿Sabeis que estais obligado
A sufrir , por ser quien sois ,
Estas cargas ?

Crespo. Con mi hacienda ,
Pero con mi fama nó.
Al Rey la hacienda y la vida
Se ha de dar , pero el honor
Es patrimonio del alma ;
Y el alma sólo es de Dios.

Y el Capitan que forzó á la hija del Alcalde se resiste con arrogancia á los deseos del padre de que se case con ella, y éste le manda ahorcar, y aprueba Felipe II la sentencia.

Esta comedia es una legítima revindicacion de la autoridad y de la ley . El espíritu del Ejército se identifica [hoy con las ideas del Alcalde de Zalamea, censura la conducta del capitan D. Alvaro , protesta contra las acusaciones de D. Lope, y castiga los atropellos de la soldadesca, y los abusos de la fuerza; porque defiende ya , sin atender á imposiciones ni á privilegios, la razon y el derecho. El Ejército es segura garantía del orden social, ama el progreso , busca en la instruccion su fuerza y su prestigio y es entusiasta partidario de la civilizacion y de la libertad.

Y al asociarse ahora al homenaje que España tributa á CALDERON, recuerda el Ejército su historia militar y sus épocas de gloria. Evoquemos tambien nosotros los recuerdos del pasado , examinemos á grandes rasgos la cultura del siglo de CALDERON, y enseñemos al público, que busca glorias, las brillantes páginas de nuestra medicina militar.

III.

En el siglo XVII hay que considerar dos épocas distintas ; una de apogeo brillante de las letras , y otra de decadencia y depravacion del gusto literario, en la cual predomina el estilo que Góngora llamó culto , y que sus sectarios hicieron aún más ininteligible y oscuro , sustituyendo al lenguaje castizo y bello de ántes , el altisonante y ampuloso , enfático y metafísico. Los textos latinos y una empalagosa erudicion abundaban en todos los escritos , y hasta en los títulos de las obras científicas se reflejaban el mal gusto de la época y las hipérboles , pleonasmos y metáforas , de que tanto se abusaba aun por autores de reconocida fama. Así entre los muchos títulos de diferentes obras que podríamos citar , indicaremos los siguientes de algunos libros de medicina publi-

cados en aquella época. *Tratado breve y antorcha luminosa, que con sus luces bellas nacidas de los mayores autores y de la experiencia, se descubren átomos los más retirados á las tinieblas de la práctica, donde se ven claramente los muchos aciertos y prodigiosos efectos de las sangrias del tobillo, minorativos y dieta*; por Pedro Frau, en 1681. Un libro combatiendo la sangría y en contra de Galeno, tenía el título de *El Monstruo horrible de la Grecia, mortal enemigo del hombre*, domado por D. Gonzalo Bustos de Olmedilla, é impreso en Valencia en 1699. En otro hallamos el de la *Verdad encantada en el castillo de la confusión*; y hasta los mejores médicos de fines de aquel siglo se contagiaron con el mal ejemplo, y en obras muy buenas, como la de Alfonso Limon, autor de un excelente libro, que honra á la Medicina española, sobre aguas minero-medicinales, y que la tituló así: *Espejo cristalino de las aguas de España, hermozeado y guarnecido con el marco de variedad de fuentes y baños, cuyas virtudes, excelencias y propiedades se examinan, disputan y acomodan á la salud, provecho y conveniencia de la vida humana*; obra impresa en 1697.

Pero más lamentable era aún lo que sucedía con la elocuencia sagrada en esa época, porque en ella se reflejaba además (y eso era de peores consecuencias que el mal gusto literario) el fanatismo y la superstición del reinado de Carlos II. Sermones acompañados de gritos y de voces para llevar el terror al ánimo débil y apocado de los oyentes; forzada y extravagante interpretación de los libros sagrados; las excomuniones en todo su apogeo, el lenguaje violento del P. Tenda y los exorcismos del P. Froilan, son el carácter distintivo de lo que era en España la cátedra del Espíritu Santo á fines del siglo XVII.

Las discusiones científicas se reducían á sutilezas escolásticas, lógica peripatética y defectuosa, ergotistas y tercios disputadores, que debían desaparecer ante la razón y el análisis del siglo XVIII.

Los progresos de la Medicina en esta segunda mitad del siglo XVII se reducen á acaloradas disputas sobre la peste, la circulación de la sangre, las sangrias, los purgantes, el agua fría, la quina, el antimonio y el agua de la vida. A la moral médica de los tiempos de Carlos I y de Felipe II, Felipe III y Felipe IV, sustituyen ruidosas disputas, enconadas contiendas y agresivas consultas en que unos á otros se deprimen, y se llega hasta el extremo de retarse, por medio de carteles en las esquinas de las calles, á controversias galénicas y espagíricas.

La higiene pública estaba en el más lamentable olvido en la Capital de la Monarquía, y nos lo prueba Juan Bautista Juanini, cirujano de D. Juan de Austria, que publicó una obra dedicada á Carlos II, en la que recomienda un método preservativo de los malos vapores y exhalaciones que ocasionan las inmundicias de las calles de Madrid. Las inmundicias se hacinaban con el lodo y con los animales muertos, así es, que además de los pestilentes miasmas desprendidos de tantos focos de putrefacción, parecía cada calle según la frase del Dr. Andrés de Gamez un horroroso río Leteo.

Algo contribuyeron también á la decadencia de nuestros escritores médicos á fines del siglo XVII las ideas supersticiosas de la época, y es fácil ver en algunos libros de entónces que la impotencia es maleficio y potestad diabólica, y

se cura con exorcismos, así como se admite la existencia de úlceras mágicas y otros absurdos y ridículas prácticas que desdican de las gloriosas épocas de la historia de nuestra Medicina. Estaba muy generalizada la idea de los años climatéricos, y abundaban los malos médicos, y para impugnar lo primero y ridiculizar á éstos, niega el médico de cámara de Carlos II y protomédico de la armada, D. Juan Torre, la existencia de los años climatéricos, y dice luego: «lo que yo me atrevo á afirmar es que el más terrible y fatal climatérico es en el que el hombre perece, y finalmente, no es el ménos fuerte climatérico un mal médico que llegue á curaros, que en viéndolo entrar por vuestra puerta, podeis juzgar con mucho fundamento, que estais ya en el climatérico más formidable de vuestra vida.»

Y este lamentable estado de la Medicina y de la literatura á fines de ese siglo, era una legítima consecuencia del mal estado del país. A ello contribuyen las pestes que durante tantos años diezaban nuestros pueblos, el exceso de territorio y la emigración; así como también *el funesto oro de América*, que tanto daño nos ha causado siempre como gérmen constante de holgazanería y de *inmoralidades*.

Las guerras de Felipe II hicieron rica á España en dominios, pero muy pobre en dinero, y la paz es la verdadera riqueza de las naciones. ¿Qué importaba que nuestras banderas hubieran tremolado victoriosas por todo el mundo, si al subir al trono Felipe III estaba tan exhausto el tesoro, que las córtes tuvieron que concederle 23 millones sobre la octava del vino y del aceite, y se aumentó el valor de la moneda, adoptándose otras medidas antieconómicas que sólo sirvieron para acrecentar la miseria de los pueblos!

El siglo XVII fué el siglo de los favoritos, y desde la privanza del Duque de Lerma, D. Rodrigo Calderon, Conde de Uceda, Conde-Duque de Olivares y Padre Nithard, hasta la del paje Valenzuela, sufrió España los caprichos, la veleidat é interesadas vejaciones de los privados de los Reyes, llegando hasta el extremo de que se vendían los empleos, y no había más méritos y servicios que el dinero; fácil es, por lo tanto, comprender que en un país constituido de ese modo, no es posible que exista una buena organización militar, ni pueda exigirse al Ejército valor, instrucción y disciplina.

Felipe III, confiando los arduos negocios del estado al Duque de Lerma y á D. Rodrigo Calderon, se dedicaba á fundar monasterios y obras pías, así como Felipe IV, abdicando todo su poder en manos del Conde-Duque, se rodeaba de poetas y de artistas, dedicándose á hacer comedias. Podemos decir, sin temor de equivocarnos en nuestras apreciaciones, que el siglo XVII no es de feliz recordación para nuestras glorias militares; y así vemos que Cervántes y Quevedo, no sólo no tuvieron recompensa, sino que el primero estuvo encarcelado, y murió pobre, y el segundo se vió envuelto en la desgracia de su protector el Duque de Osuna, Virey de Nápoles, y despues de haber vuelto á alcanzar el favor del Rey, fué preso en 1641, y encerrado en San Marcos de Leon, donde sufrió toda clase de amarguras, y la mayor de todas la pérdida de su salud, que no volvió á recobrar, pues aunque recuperó su libertad vivió enfermo y murió desengañado del mundo en un pobre lugar en 1645, el que habia sido embaja-

dor de España en Génova, el que siempre fué modelo de caballeros, y el que además de su fecunda imaginacion y talento, reunía conocimientos tan enciclopédicos que le colocan al nivel de los más esclarecidos geniós del siglo XVII.

Hé aquí los fatales resultados de las monarquías convertidas en granjerías de ambiciosos favoritos; y por eso nos dice la historia, que en premio de las victorias que contra los turcos había conseguido en las aguas de Levante el Virey de Nápoles D. Pedro Giron, Duque de Osma, fué calumniado y vilmente perseguido, y despues de tres horribles años de prision y de sufrimientos, murió de pesar, víctima de la más pérftida de las ingratitudes en recompensa de los servicios prestados á su patria y á su Rey. Ese ha sido el pago que han dado en España á sus más leales servidores los reyes que han subido al trono á los diez y seis años, los monarcas que han abandonado á sus favoritos el peso de la corona, y las minorías, como la de Cárlos II, en que todos mandan y gobiernan en nombre de un Rey, que sólo se conoce que lo es, porque ostenta como simbolo de la monarquía, y como emblema de supremo cargo, un cetro que no puede sostener.

Pasó Felipe IV el tiempo de su reinado entretenido con las diversiones de la Corte, y sostuvo además continuas guerras que redujeron á nuestros pueblos, castigados ya por la peste, á la mayor miseria y abandono. Se ganaban batallas, y nuestras valientes tropas conquistaban plazas para volverlas á perder; guerras con Italia y con Francia, durando esta última veinticinco años, y ocurriendo en esa época el levantamiento de Cataluña, porque exasperados los catalanes, y con *fundadísimos motivos*, á causa de las vejaciones y atropellos que sufrían de las tropas españolas que pasaban por Cataluña para ir á Francia, no sólo no se atendió á sus justas reclamaciones y protestas, sino que el Conde-Duque exigió que los catalanes mantuviesen al Ejército á sus expensas, pisoteando con tan inicua disposicion los fueros de la justicia y los privilegios de Cataluña. Sublevada Barcelona, y declarándose independientes, sostuvieron durante doce años una sangrienta lucha.

Pero no fué ésta la única desgracia que sobrevino en el reinado de Felipe IV, sino que sufrió la desmembracion de Portugal de los dominios de España, alzándose los portugueses en favor del Duque de Braganza. Fueron expulsados de allí todos los españoles, y miéntras esto sucedía, y era proclamado rey de Portugal el Duque de Braganza, ignoraba Felipe IV lo ocurrido, y no atreviéndose nadie á darle tan grave noticia (conocida en toda Europa), no vaciló el Conde-Duque en comunicársela como un suceso grato, que había de proporcionar al Rey algun dinero, y le dió cuenta del hecho diciéndole: « Señor, el Duque de Braganza ha hecho la locura de coronarse rey de Portugal, pero ella proporciona á V. M. una confiscacion de doce millones. » Pues bien, respondió Felipe IV, sin alterarse: « Que se ponga remedio. » Desacreditado Olivares, se retiró de la Corte, perdimos la batalla de Rocroy en 1643, y terminó la guerra de treinta años con la paz de Westfalia.

En el reinado de Felipe IV se puso á prueba el valor de nuestros médicos, su ciencia en los campos de batalla y su abnegacion y solícitos cuidados en los pueblos que sufrían el cruel azote de la peste. Nuestros médicos en tiempo de

Felipe III fueron á Italia, y estuvieron en Levante con el Marqués de Santa Cruz y con el Duque de Osuna en las costas de Berbería.

Nuestros médicos estuvieron con el famoso capitán Francisco Rivera, que con 5 galeones y 1.000 arcabuceros, destruyó 150 galeras, inutilizó 34, y puso en fuga á las restantes.

Nuestros médicos estaban con D. Octavio de Aragon, que derrotó en las aguas de Levante á 10 galeras enemigas, de las que apresó 6, y pasando á cuchillo 400 turcos, hizo además 600 prisioneros.

Época de gloria para nuestras armas, pero de fatales resultados para la dicha de la patria, época en que se puso de relieve el esforzado ánimo del Marqués de Mortara, que caudillaba nuestras tropas contra Cataluña; pero época de crueles desengaños y de indignas ingratitudes al ser destituido el Duque de Osuna del mando del ejército, después de haber hecho en Portugal prodigios de valor, llevando su abnegación hasta el extremo de que, al ser relevado por el Marqués de Caracena, solicitó que le admitiese como soldado.

Con tantas vicisitudes para nuestro Ejército, tantas desgracias para la patria y tan rudos golpes asestados contra la monarquía de Felipe IV, fué decayendo su ánimo, y el *Rey poeta* al morir con tantos remordimientos en su conciencia como pesares en el alma, debió recordar entónces que la misión de los reyes en la tierra no es la de entregarse á los placeres que enervan las fuerzas de los monarcas y las de los pueblos. Al morir Felipe IV en 1665, vino la minoría de Carlos II, y España, cuyo nombre era cien años ántes respetado en todo el mundo, vió eclipsado su poder, abatida su importancia y anuladas sus fuerzas intelectuales y morales por el fanatismo y la superstición.

El siglo XVII fué el siglo de nuestra decadencia, así como el siglo XVI lo fué de nuestro esplendor y preponderancia. Y en el siglo de nuestro predominio militar, también las artes y las letras llegaron al apogeo de su gloria, siendo España el emporio de la ilustración de Europa, y un foco constante de luz y de progreso en los diversos ramos del saber. Las páginas de la historia militar y literaria de España en el siglo XVI, son de engrandecimiento material é intelectual, porque todo floreció en aquella época en que no había obstáculos que pudiesen detener la marcha de nuestras tropas, ni pueblos que no aprendiesen algo de nuestras escuelas, ó que no escuchasen con entusiasta admiración la autorizada voz de los maestros españoles.

Considerado el siglo XVII de un modo general, hay que reconocer que se dió un gran impulso al estudio de las ciencias naturales. A ese siglo corresponden las glorias de la invención del barómetro y del termómetro, el planteamiento de los observatorios astronómicos, laboratorios químicos y gabinetes de física; pero los mayores progresos del siglo XVII hay que buscarlos en la astronomía representada por los ilustres nombres de tres sabios: Kepler, Galileo y Newton. En la historia de la medicina extranjera encontramos también tres nombres, cuya fama es universal é imperecedera: Malpighio, Sidenham y Hoffman.

En España, según ya hemos indicado, fué el siglo XVII el de los pintores y el de los poetas, con preferencia á todo, y podemos citar con orgullo á Francisco Zurbarán, pintor de Felipe IV; á Diego Velázquez, pintor predilecto de

dicho monarca, y á quien dió el Rey habitacion en su palacio; Bartolomé Estéban Murillo, el pintor sevillano de más reputacion en el mundo del arte, por la belleza de sus vírgenes. Entre los escritores del siglo XVII están los nombres de Cervántes, Quevedo, Alarcon, Tirso de Molina, Solís, Rioja y Moreto; y no olvidemos tampoco el genio artístico de Alonso Cano, pintor, arquitecto y escultor.

IV.

La Medicina española en el siglo XVII se apartó de la buena senda de las doctrinas hipocráticas y de los juiciosos preceptos de la cirugía conservadora. Barbá y Bravo de Sobremonte, médicos de Felipe IV, fueron los primeros que diéron á conocer en Europa las virtudes de la quina, y el médico español Juan de Vega, quien la introdujo en España cuando vino de América como médico de los Condes de Chinchon en tiempo de Felipe IV. En ese siglo se hicieron concienzudos é interesantes estudios en España acerca de la angina ulcerosa y membranosa con excelentes cuadros patológicos y buenas observaciones de anatomía patológica. En el reinado de Felipe III se publicaron muchos trabajos sobre la peste bubonaria, y el tifo petequeal, fundándose en ese siglo varios hospitales, la Universidad de Pamplona, varias universidades y colegios en nuestras posesiones de América, la Real Sociedad de Medicina de Sevilla, y se estableció por San Vicente de Paul en Francia la cofradía de las Hermanas de la Caridad.

En la Real Cámara de Felipe IV figuraron distinguidos médicos, y entre ellos citarémos muchos que cultivaron con aprovechamiento la literatura, y no es extraño que, siendo el Rey poeta, mirase con predileccion á los médicos que reunían á la ciencia de Esculapio los laureles de Apolo y los dones de las musas; pero contribuyó tambien al gran número de médicos que se reunieron en la Real Cámara de Felipe IV, el que con motivo de la ruidosa consulta ocasionada por la enfermedad del infante Próspero, hijo de dicho Rey, fueron entónces llamados á la Corte los médicos más notables de las universidades de España.

Entre los Médicos de Cámara de Felipe IV, podemos citar los siguientes: Pedro Barbá, Jerónimo Huerta, Pedro García, Juan Gutierrez, Peña de Santa Cruz, Cipriano Maroja, Alfonso Núñez, Juan Gallego, Vicente Moles, Jerónimo Guzman, Enrique de Villacorta, Andrés Tamayo, Pedro Miguel de Heredia y Bravo de Sobremonte, que fué quien asistió á Felipe IV en sus últimos momentos, y escribió una memoria de la autopsia de este Monarca y de la nefritis calculosa que causó su muerte.

Hemos indicado que nuestros médicos han sido los que, acaso con anterioridad á las demas clases sociales, sededicaron desde los más remotos tiempos al cultivo de las bellas letras, y para no hacer demasiado extenso este artículo,

tendremos que limitarnos á una ligera reseña, indicando los nombres de los médicos, que en tiempo de Felipe IV revelaron de un modo más ostensible sus buenas dotes literarias y poéticas. Y ya que la ocasion es oportuna consignemos ántes que tambien hoy los médicos españoles cultivan la literatura dramática y la poesía, y buenas muestras de su fecundo ingenio nos ofrecen Ceferino Palencia, Vital Aza y Javier Santero, pudiendo citar con orgullo como uno de nuestros primeros poetas líricos el nombre de mi querido amigo José Velarde.

Sin detenernos á decir que tuvimos excelentes escritores y poetas entre los médicos hebreos-españoles, y muchos tambien en los tiempos de la medicina arábigo-española, citaremos como escritores los nombres de Arnaldo de Villanova y de Raimundo Lulio.

En el año 1360, figura el célebre médico y poeta valenciano Mosen Jaime Roig, y todo el que sea entusiasta del lemosin debe leer su libro de las mujeres y consejos dados á su sobrino. Dice de este autor D. Gregorio Mayans, que parece ser Anacreonte ó Catulo, y fué uno de los primeros poetas de su siglo.

En el testamento de Alfonso Chirino encontramos un modelo de belleza moral, y un buen escrito literario. Fernan Gomez de Cibdad-Real, no sólo fué poeta, sino que su famoso Centon epistolario, por la belleza de sus pensamientos y lo castizo del lenguaje, es el primer modelo que podemos presentar del buen gusto literario de su época. Que además era poeta nos lo demuestran sus versos á Juan de Mena y varias de sus trovas, y entre otras citaremos el comienzo de una dirigida al Almirante de Castilla D. Alonso Enriquez.

El viejo que quiere mozo

E sobrado de mujeres

Parecer

El gozo le cae en pozo;

Ca más duelos que placeres

Va á tener.

A fines del siglo XV descuella entre todas las figuras literarias de su época la del médico Francisco de Villalobos, quien además de ser poeta, se hizo digno de que por la propiedad y buen gusto con que manejaba la lengua castellana, fuese considerado como texto en ella, y así consta en la primera edicion del Diccionario de nuestra lengua. Entre sus diferentes obras, y varias poesías de que es autor, merece especial mencion su famoso libro «Sumario de Medicina mayor.»

La índole y estrechos límites de este trabajo nos impiden extendernos en la minuciosa relacion que podríamos hacer de todos los médicos españoles que han dejado escritas muchas y buenas composiciones poéticas, y no sólo en latin, que son muy numerosas, sino en lengua lemosina, y estas bellísimas poesías impregnadas de la dulzura y sentimiento provenzal, son hijas de la fecunda imaginacion de los médicos catalanes y valencianos de los siglos XV y XVI. Tambien en esas épocas se han publicado en castellano y en romance trovado

algunos libros de cirugía y de anatomía, dignos de especial mención. No debemos tampoco olvidar, ya que de trabajos literarios nos ocupamos, á Luis Llovera de Avila por sus obras *Regimiento de la mar*, *Banquete de nobles caballeros* y *Alegorías anatómicas*, y recordemos que Pedro Jimenez describe en unos versos latinos, y de un modo tan exacto como nosotros por desgracia podríamos decirlo hoy, las cuatro caras del médico, Dios, ángel, hombre y diablo, demostrándonos con su amarga sátira, que el corazon humano no varía, y que es tan antigua como el hombre la ingratitud de los enfermos con los médicos.

El médico Andrés Sempere, famoso retórico y elocuente orador, ha merecido el título de Aristarco de los gramáticos, y Francisco Valles, Luis Collado y Andrés Laguna son las glorias más legítimas de la Medicina española y literaria del siglo XVI. Escribió Laguna de Botánica, tradujo y comentó á Dioscórides, divulgándose por toda Europa (en donde fué admirado y aplaudido) la fama de su saber; fué orador y poeta, y es sin disputa alguna el genio más eminente de España en el siglo XVI. En las obras de Laguna puede estudiarse la lengua castellana como modelo de belleza y de estilo castizo y puro. Y que Laguna fué también poeta nos lo demuestra al hablarnos de la vid cuando dice: «Es empero la vid tan ambiciosa, entonada y altiva, que se nos sube á las nubes, de suerte que se hacen chapiteles con ella, y se cubren las ventanas y azoteas de las muy altas torres; lo cual hace renegar muchas veces á los afligidos amantes, como renegaba un galan enamorado que yo conozco, á cuya instancia hicimos cierta invectiva contra una parra que le había cubierto la galería por donde solía su señora ordinariamente mostrarse: de la cual recitaré aquí algunos versos que se me acuerdan, para recrear un poco al lector cansado por ventura de la pasada historia.»

•Parra, por mi mal nacida,
Que así me tienes, mi amor
Eclipsado;
De camellos seas pacida,
Y tu tronco en su rigor
Sea talado.

Esme más triste y odiosa
Que el maldito árbol de Adan
Tu presencia;
Pues que me escondes la rosa
Que desterraba mi afan
En tu ausencia.

Tu beldad y tu verdura
Que se deleita en me dar
Afficcion,
Se convierta en negrugura,
Y véala yo tornar
En carbon.

Tus ramas tan extendidas,

Tus hojas encaramadas
 Hacia el cielo ;
 Véalas yo desparcidas ,
 Véalas yo derramadas
 Por el suelo.
 Andes siempre entre los pies :
 De tal fuego seas quemada ,
 Cual Sodoma ;
 No la zarza de Moises ,
 O véate yo tornada
 En carcoma.
 Y por que más no persigas ,
 Bellaca mal inclinada ,
 Los humanos,
 Seas roída de hormigas
 Y de orugas horadada ,
 O de gusanos.
 El agua y el sol te falten,
 Deseche de sí la tierra
 Tus raigones ;
 Furiosos rayos te asalten ,
 Seas podada con sierra
 Y azadones.
 Seas en tallos comida ,
 Pues que me encubres la faz
 Deseada ;
 Véate yo consumida ,
 Y ántes de tener agraz
 Seas helada.
 Noé , gran culpa tuviste
 Cuando la parra plantaste
 Tan mañero ;
 Con ella me destruiste ,
 Aunque sus daños probaste
 Tú el primero.
 Mas pues Febo es el autor
 Que esta planta mal criada
 Tanto crezca ,
 Parece tiene temor
 Que la estrella allí encerrada
 Le oscurezca. (1).

De Jorge Enrique Enriquez, médico y buen poeta, se imprimió en 1595 un

(1) Dioscórides por Andrés Laguna, página 505.—Edición de Amberes, 1555.

tratado del perfecto médico, que nos ofrece muy útiles é interesantes máximas de moral médica. Esta obra mereció el elogio de todos los médicos é inspiró á nuestro famoso Lope de Vega este bellissimo soneto.

Describe Tulio un orador discreto ,
 Virgilio un capitan fuerte y famoso ,
 Homero un desterrado cauteloso ,
 Ovidio un amador sabio y secreto .
 Es de Valerio un Argos el conceto ,
 Muéstranos Plauto un milite glorioso ,
 Séneca enseña un Hércules furioso ,
 Y *Enriquez* pinta un médico perfeto .
 Que los haya excedido heróicamente ,
 Conócese muy bien, pues ha llegado
 De perfeccion al más profundo abismo ;
 Pero quedára más perfectamente
 El médico perfeto retratado ,
 Retratándose *Enriquez* á si mismo .

Los médicos Leonardo García, Peña, Juan Sala en tiempo de Felipe III, y Pedro Salinero, boticario mayor de la Real Armada, fueron tambien poetas.

En el reinado de Felipe IV Juan Jerónimo Guzman, médico de la Real Cámara, Proto-médico de Aragon y del ejército de Cataluña, es excelente poeta, inteligente político, y concluyó por hacerse sacerdote, como CALDERON.

Jerónimo de Huerta, Médico de cámara de Felipe, fué esclarecido vate, y como poeta le celebra Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*, haciendo tambien grandes elogios de su erudicion y talento el cronista de Felipe IV D. Tomás Tamayo de Vargas. Sus traducciones de los libros de Plinio están dedicadas á Felipe III y Felipe IV. Escribió además unos problemas filosóficos dedicados al Conde-Duque de Olivares, que consideramos dignos de figurar en la biblioteca de todos los amantes de las bellas letras; el que se refiere á la vergüenza dice así :

Quédase como difunto ,
 Pálido y descolorido
 El que es de temor vencido ,
 Y por ser así pregunto :
 ¿ Si es la vergüenza temor
 Que de respeto nos nace ,
 Cómo al blanco rostro hace
 Salir rosado color ?
 Y si el frio temor retira
 El espíritu á su centro ,
 Y huyendo la sangre adentro
 La boca apenas respira ,
 ¿ Cómo saliendo al contrario ,

Con la vergüenza hácia fuera
 Queda la lengua parlera
 Como muda de ordinario ?

Y en el problema de las lágrimas dice :

Si dan materia y son fuente
 De las lágrimas los ojos ,
 ¿ Por qué en el rostro se siente
 En llantos , penas y enojos ,
 Salir como fuego ardiente ?
 Y al contrario en la alegría ,
 Cuando lágrimas envía
 (Como suele suceder)
 A los ojos el placer
 Salen como nieve fría ?

Antonio Ponce de Santa Cruz es otro de los médicos de Felipe IV , que más han honrado á la Medicina española de aquella época ; se dedicó á las bellas letras y al estudio de la Filosofía. Residió en Valladolid , de donde era natural , y al llegar á oídos de Felipe IV la fama de su nombre , le hizo ir á su lado , le colmó de consideraciones y fué nombrado Proto-médico general y decano de los de cámara. Además de ser muy erudito , fué buen práctico ; al comparar las edades á la vida de las plantas , dice que la infancia simboliza su salida cuando brotan de la tierra , la niñez cuando se inician las hojas , la juventud cuando germinan , la adolescencia cuando las flores se caen , la virilidad cuando el fruto madura , la vejez cuando las hojas se secan , y la decrepitud cuando el tronco se marchita , agrieta y muere.

Pedro García Carrero , médico de Felipe IV , fué poeta y autor dramático ; compuso varias comedias y poemas , y murió como suelen morir los médicos y los poetas (así es que fué más doloroso su infortunio , sin ilusiones en el alma á fuerza de desengaños é ingraticudes , y pobre sin recursos de ningun género) en una casa de caridad.

Alfonso Nuñez fué médico de cámara de Felipe IV y padre del célebre poeta D. Alfonso Nuñez de Castro.

Juan Sorapan de Rieros publicó en 1616 su obra « Medicina española contenida en proverbios vulgares. » Contiene gran número de refranes con provechosos consejos higiénicos , y se ocupa despues de la educacion de los hijos , siendo el primero que aplicó á la Medicina los adagios y refranes.

Diego Cisméros , médico y poeta , natural de Madrid , escribió la Topografía médica de Méjico á principios del siglo XVII.

Melchor de Villena , el Hipócrates valenciano á quien se dió el nombre del Tostado de la Medicina , por lo mucho que escribía , es uno de los médicos más célebres de su época , y estando en Madrid fué llamado por el Rey para conferirle el cargo de Médico de cámara ; pero Villena se excusó como mejor pudo , y

se marchó á Valencia. Al ir Felipe IV á esa ciudad, volvieron á ponderarle los méritos y profunda sabiduría de tan distinguido profesor, y entónces ordenó el Rey que á su presencia y á la de los infantes D. Carlos y D. Fernando presidiese en Palacio unas conclusiones médicas, y entusiasmado Felipe IV con la ciencia y el talento de Villena, le reiteró su deseo de llevárselo á Madrid nombrándole Médico de Cámara, pero otra vez rehusó Villena ese puesto, como tambien se negó á serlo el médico valenciano Vicente Miguel Gil, imitando así ambos la conducta del célebre Luis Collado, que no quiso aceptar de Felipe II el destino de Médico de su Cámara y de la reina Isabel.

Andrés Tamayo, Médico de Cámara de Felipe IV y de la armada que fué á la campaña del Brasil con D. Fadrique de Toledo, era poeta, y escribió varias comedias y un poema heroico. Tambien Estévan Rodríguez de Castro fué autor de unas poesías líricas, que despues publicó su hijo.

Alejo Abreu, Médico de Cámara y del Ejército, sirvió como Capitan en la milicia, expuso su vida en diferentes ocasiones, distinguiéndose notablemente; gastó toda su fortuna en obsequio del Rey, y éste le ofreció remunerarle con generosidad; pero no lo hizo, y murió de pesadumbre.

El médico catalan Juan Cárlos Amat escribió unos aforismos ó proverbios morales y filosóficos.

Marcelino Ubarte de la Cerda, catedrático de Alcalá y de Zaragoza en 1643, fué médico y poeta, y publicó diferentes composiciones.

Francisco Guillelme fué cirujano del rey Felipe IV y del Hospital de Lisboa destinado á la Infantería española.

Francisco Leiva, buen médico, excelente escritor y poeta. Refiriéndose á las ingraticudes de los enfermos, exclama: y como la avaricia es tan ingeniosa en materia de maravedises, estos avarientos, por no dar, suelen en la ocasion prometer mucho; y alábanle sus letras al que los cura, diciendo que no se curarán con otro por cuanto hay en el mundo, y esto lo encarecen y repiten, para que la satisfaccion que muestran de su medicina, sea la de su cuidado; embozan cortedades por cortesías, y extienden la lengua cuando encogen la mano. Le intiman la fe que con él tiene, como si valiera algo la fe sin obras: dicenle que están casados con su ciencia y sus curaciones; pero ¿quién apetece casamiento sin dote? Lo ordinario es en éstos, en lugar del *dote*, el *daréte* mientras dura la enfermedad, y ni aún éste hay en declinando, porque declina por una declinacion del arte de engañar, que no tiene dativo, si no es de quejas ó de mal por bien, toda es acusativos de que la purga fué mucha y el agua poca, cortas las visitas y larga la cura; y con esto viene el pobre del médico á deber dineros y salir con daño en la opinion, y sin provecho en la bolsa: yo juzgo que á quien se debe curar ménos es á quien promete más, porque, ó desea engañar, y esto disgusta el cuidado, ó tiene intento de dar, y esto acorta al médico más entendido y de mejores respetos, por que no juzgue el enfermo que su diligencia se aviva y espolea con espuelas de oro.

•Cuando el enfermo apretado

Del dolor se está quejando,

Doctor, que le estás curando,

Procura quedar pagado;

Porque te dirá en sanando,

Sin darte, que ya te ha dado.

Juan Gallego Benitez, escritor, médico de Felipe IV y de la reina de Francia Doña Ana de Austria, á quien asistió en Paris en una grave dolencia pronosticando su feliz terminacion, contra el parecer de todos los médicos que auguraban un éxito funesto. Y en estas consultas, á presencia del Rey y de la Corte, puso de relieve su talento, y fué recompensado con esplendidez. Escribió sobre la educacion de los niños en general y de la de los hijos de los Reyes en particular.

Márcos García, natural de Valladolid, fué un médico de mucho ingenio, poeta y escritor festivo, cuyo lenguaje se puede presentar como modelo de belleza y correccion. En su obra *Honor de la Medicina y aplauso de la Cirugía castellana*, demostró que no hay necesidad de aprender la cirugia en latin, y que puede aprenderse de igual modo en castellano. Como muestra de su estilo, transcribiremos algunos párrafos de su obra: «Estaba el sol en la mitad de su veloz carrera apaciblemente alumbrando la tierra, y amigablemente templando los rigores del hielo, piedad en él usada, y por eso poco agradecida, que aun los beneficios, si se hacen cotidianos, pierden la estimacion.» «Ves esos campos que apénas con la vista registras, sus extremos son mios; no llevan más apacibles flores, ni más mullida arena, que guijarros, porque no me hallo en las delicias; nací desacomodado, hijo del ocio y de la culpa, que á no tener estos padres vosotros vivierais en paz.» *La Flema de Pedro Hernández* es una preciosa crítica que hizo Márcos García de Madrid, y de la sociedad: no puedo resistir al deseo de copiar la siguiente carta: «Dice que vió venir á un amante de tropelías con un legajo de cartas amatorias para repartirlas á las damas que cortejaba.» «Entre ellas escribía á una andaluza ceceocita, famosa música, linda de cara, extremado arte, pulida en la conversacion, etc.» El billete decía así: «Reina, despues que vi á vuesa merced, en la cartilla de mi memoria no me ha quedado más que el *ce*, *eee*, y en el alfabeto la *z*. No bebo vino, sino zerveza ó zidra; y de las aves; no como sino zorzales y capones: de las carnes, el carnero y cecina, porque ninguna de las demas empieza con *c*. De los pescados, el congrio y los cangrejos, los camarones, las conchas y el cecial; de las frutas me gustan las cermeñas, zamboas, cerezas y ciruelas; de las plantas las zanahorias, cardos y cebollas; de los árboles, el cinamomo; de las flores, los claveles, clavellinas y cantueso, y para sazoadísimo postre, las aceitunas. La más sabrosa sevillana, si no me ha engañado la vista, es vuesa-merced; mi gusto es mal contentadizo, si lo que aceptan los ojos no lo traslada al paladar; vecinos somos, ya me entiende, y yo por señas, á la menor corresponderé; págume este buen gusto con ser muy mia. Dios me la guarde, etc.» A esta ingeniosa y festiva carta contestó la dama: «Cierto que uze es pulidicimo en zuz cozaz, y le debo tanto que no me zabré eziplicar. Cepa que á todoz loz gaoz que me embizten con ezta prizaz loz digo zape, y azi conténteze

con eza fineza , y coma de aquí en adelante zorraz, cernicaloz y cigüeñaz: beba zupia ó zumaque ; tome cebadilla ; cúrece con centaurea locura, que le atociga , y zi quiere divertirse, baile la zarabanda , que es un zambacañuto , y no merece maz respueza zu atrevimiento.

Enrique Vaca de Alfaro , médico y poeta de Córdoba , á fines del siglo XVII dejó impresas varias obras poéticas , y entre ellas citarémos los *Festejos del Pindo* y *La Lira de Melpómene*, y escribió además el *Teatro eclesiástico y secular de Córdoba*. Tambien Gregorio Rodríguez fué médico y poeta.

Miguel Vila , médico de Carlos II y de su madre Doña Mariana de Austria, fué poeta , militar, lengüista é instruido en todas las ciencias con tal aprovechamiento, que mereció se le diera el nombre de Segundo Esculapio en Medicina, y Apolo de Valencia.

Matías de Llera escribió en forma silogística una obra de Medicina , y fué médico de Carlos II y de D. Juan de Austria. Tambien fué médico de cámara de Carlos II y Proto-médico de la Real armada , el presbítero Juan Torre , y no olvidemos tampoco como digno de especial mencion á Pedro Miguel de Heredia , médico de Felipe IV ; fué honrado con los nombres de Blason de Esculapio , Lustre de Apolo y Fragante flor del Liceo Complutense , y bien podemos asegurar que es uno de los médicos más ilustrados del siglo XVII , habiéndose anticipado á las ideas y observaciones del insigne médico inglés Morton , sobre los tubérculos del pulmon.

Francisco Enriquez de Villacorta fué médico de cámara de Felipe IV, y al médico y poeta Diego de Arosa , debemos la única obra de moral médica que se imprimió en España en el siglo XVII.

Agustín Collado del Hierro fué médico, filósofo y buen poeta cómico y lírico escribió un poema titulado *Tægenes y Clariquea* ; publicó otro de *Apolo y Dafne* , y es el autor de las grandezas de la ciudad de Granada , que tanto elogia Lope de Vega.

Son muchas las obras dedicadas á Felipe IV por los médicos de aquella época, y muy interesantes las disposiciones que contra la peste aconsejaron nuestros médicos á Felipe III, Felipe IV y Felipe V, y ya en 1599, y para evitar los horribles estragos de la peste, se repartió por los pueblos la obra escrita por Luis Mercado. Puesto que de Felipe IV nos ocupamos más particularmente ahora por coincidir su reinado con las glorias de CALDERON, consignemos que, habiendo peste en Alcalá de Henares, en 1647, hicieron observar al Rey que se morían todos los enfermos á quienes se purgaba, y éste ordenó que desde aquel momento no se purgase á ningun enfermo atacado de la peste.

Terminemos esta reseña de ilustres médicos de aquel siglo, indicando que Bernardo de Cienfuegos honra como botánico á la España del siglo XVII, Pedro Gago de Vadillo escribe de cirugía en 1632, declarándose partidario del método conservador, y se adelanta á las ideas osteogénicas de hoy, respecto á la regeneracion perióstica de los huesos. Juan de Barrios fué uno de los primeros médicos, que en 1609 escribió sobre la composicion del chocolate y su provecho. El médico sevillano Juan Saavedra demuestra que el sarampion despues de haber salido no tiene necesidad de cura, y se opone á la sangría. Combate

enérgicamente Francisco Pérez Cascales, en su obra publicada en 1611, las vulgares creencias y supersticiosas ideas de si podían ser los niños fascinados por viejas ó por cualidades malignas de constelaciones celestes, y por maleficio del demonio, y á este propósito recordemos tambien las censuras que contra los saludadores fulmina nuestro Andrés Laguna en la página 612 de su obra *Dioscórides*, y en la que con este motivo relata el siguiente suceso que le ocurrió, y que por la gracia con que lo describe, y por ser el protagonista Andrés Laguna, debemos transcribir.

«Acuérdomeme que en Salamanca, siendo yo allí pupilo, un dia de San Juan, cuasi á boca de noche, cuando todos ya desamparaban la fiesta, pensando fuese acabada, soltaron de improviso un toro muy bravo, hallándome yo acaso en medio de toda la plaza, junto á un saludador patituerto; el cual, viendo su peligro, y mi miedo, y sacando de flaqueza coraje, me dijo que no temiese, porque á él le bastaba el ánimo de encantar la fiera, y sacarme á paz y á salvo. Por donde yo, asegurado de sus palabras, me puse todavía cuatro pasos tras él, tomándole por escudo, hasta ver en qué paraba el misterio, por cuanto ya no había órden de huir. Mas el torillo mal encarado, que no se daba nada por palabras ni encantos, porque sin duda debía ser luterano, embistió luego con su merced, y le dió dos ó tres vueltas bien dadas: y así el desventurado que pensaba socorrer á los otros, quedó estirado y medio muerto en el corro, aunque á mí me cumplió promesa, porque miéntras él andaba envuelto en los cuernos del toro, me acogí más que de paso, y me puse en cobro; gracias á mis desenvueltos piés, que dejaban de correr y volaba.»

En 1694 escribió el médico catalan Juan Alós una obra sobre la circulacion de la sangre, que es una de las más interesantes de cuantas sobre esto se escribieron en el siglo XVII, y en uno de sus capítulos se ocupa de la transfusion, y pone de manifiesto que ya Ovidio hablaba de ella :

Zapata, famoso médico de Sevilla, es otra de las lumbreras de nuestra ciencia en los últimos años del siglo XVII, y defendió con vigor la física moderna y las nuevas ideas médicas en apoyo de la medicina racional y filosófica.

V.

Hemos visto que no escasearon en España por su número é ilustracion las eminencias médicas del siglo XVII , pero forzoso es reconocer ahora , que si España puede envanecerse, y con razon , de que en el siglo XVII tuvo los pintores y poetas de más fama, es el siglo XVI el más fecundo y brillante en la honrosa historia de nuestra Medicina. Y todas las glorias é ingratitudes de uno y otro siglo están compendiadas en la figura más grande y más ilustre de la Medicina militar española , representada por el genio y heroico valor del médico salamanquino Cristóbal Pérez de Herrera.

El censurable olvido é ingrato proceder de Felipe III, dejando sin recompensa los extraordinarios servicios del hombre que por sus cualidades personales, acaso sirvió de modelo á CALDERÓN para retratar en sus obras el tipo del cumplido caballero , continúa todavía persiguiendo la memoria del más insigne varon de cuantos han enaltecido en España las letras y las armas, pues pocos, *muy contados serán los militares españoles* que sepan quién fué Cristóbal Pérez de Herrera , cuáles sus proezas y lo mucho que le debe el Ejército, en pago de todo lo que por el Ejército hizo , y de lo mucho que para el Ejército pidió.

Hoy que reivindicamos las glorias de la patria , revindiquemos tambien la de un héroe , la de un poeta , la de un médico que sacrificó su fortuna y derramó su sangre por la patria.

Pérez de Herrera es acreedor á la eterna gratitud de la milicia , porque él fué quien acudió hasta el Rey en demanda de justicia para el Ejército, de amparo para los inútiles , de auxilio para todos. Pérez de Herrera propuso la formacion de un consejo encargado de solicitar y favorecer el buen despacho de los capitanes , oficiales y soldados que viniesen á pretender á la corte *para que sean premiados y acrecentados y para que se les pague lo que se les debiere de sus sueldos*. Proyectó , además , que se estableciese en Madrid una casa con el título de *Amparo de la Milicia* , para los inútiles de la guerra, y para los que hubiesen servido cierto número de años, propuso jubilacion de los militares con determinadas recompensas , y reclamaba de la bondad del Rey que ordenase á la abadesa de las Huelgas de Búrgos proveyera las trece plazas de comendadores, que fundó el rey D. Alonso IX en aquel monasterio, en favor de los soldados que hubiesen sido heridos , lo cual no se cumplia. Y por último , solicitó para el Ejército hábitos , encomiendas y diferentes mercedes para todas las clases de la milicia , desde el general hasta el soldado.

Por eso debemos considerar á Pérez de Herrera como uno de los más entusiastas defensores de los intereses del Ejército, y hé aquí tambien como las ideas y propósitos de un *Médico militar* han poáido despues servir de base para instituir la *cruz de San Hermenegildo* y crear el cuartel de Inválidos.

Cristóbal Pérez de Herrera dió relevantes pruebas de estrategia militar, salvando en dos ocasiones los barcos en que navegaba ; hallándose en la toma de las Islas Terceras, fué gravemente herido de arcabuz en el pecho, y sin decaer su ánimo, y sin soltar la espada, continuó combatiendo, y libró á todos los heridos de los arcabuceros que los perseguían. Fundó Herrera, en donde hoy está el Hospital General de Madrid, un albergue para los pobres, y á él se debe la disposicion de sacar dos maravedises de las comedias en el teatro, para el sostenimiento de la Galera y Niños Desamparados. Tambien tomó en sus campañas siete banderas á los turcos, ingleses y holandeses, las cuales figuran colgadas en un escudo de armas con el mote *«Non armis obstant litteræ.»*

En este consorcio de las armas con las letras, hay que buscar hoy el prestigio y la fuerza del Ejército ; por eso el Cuerpo de Sanidad militar se asocia con entusiasmo al homenaje tributado á CALDERON, y recordando sus antiguas glorias á los que aún niegan á los Jefes y Oficiales de este Cuerpo las consideraciones y honores otorgados por la ordenanza al último alférez del Ejército, les enseña las brillantes páginas de su historia, para que vean en ellas que los médicos españoles han estado siempre dispuestos á derramar su sangre por la patria.

La historia les dirá que el héroe y vencedor de Lepanto, D. Juan de Austria, no se desdeñó de pedir consejo y parecer á su médico Gregorio López Madera, con quien fué á la guerra de Granada en 1569, y al que regaló la espada que para aquella ocasion le había enviado el pontífice Pio V, segun consta en la capilla de Santo Domingo, de Atocha, en donde Gregorio López Madera fué enterrado, y en la cual su hijo puso la inscripcion siguiente, que es para el Cuerpo de Sanidad militar una verdadera ejecutoria de nobleza : «Este estoque bendito que envian los SS. Pontífices á los mayores Príncipes de la Cristiandad, envió el Santo Pio V al Sr. D. Juan de Austria, en la ocasion de la batalla de Lepanto, y justamente honra la sepultura del Dr. Gregorio López Madera, médico de cámara y del rey Felipe II, nuestro señor, y su protomédico general, por haber sido su consejo gran parte para que se diese la batalla. »

Pues si un médico contribuyó con su consejo á la victoria de Lepanto, que representa la gloria de las armas, tambien ahora el Cuerpo de Sanidad militar, identificado con el Ejército, honra la memoria de CALDERON que significa la gloria de las letras.

Valladolid 18 de Mayo de 1881.





1077615

